

LA HUELGA GENERAL

PERIÓDICO LIBERTARIO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN		Toda la correspondencia al Administrador		PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
ESPAÑA		ALDANA, Núm. 87 2.º 1.º — BARCELONA		EXTERIOR (Unión Postal)	
Trimestre: : 0'75 Ptas.—Un año: : : : 3 Ptas.		PUBLÍCASE		Trimestre: : : : 1 Pta.—Un año: : : : 4 Ptas.	
Paquete de 25 ejemplares, 1'75 pesetas		ADMINISTRACIÓN Y REDACCIÓN		10 ejemplares 1 peseta	
		Los días 5 y 20 de cada mes		No se admiten devoluciones	
		Días laborables de 9 á 10 y de 20 á 21			

Huelga General

Utilitaria, Solidaria, Revolucionaria

Mereciendo cada una de esas tres calificaciones se presenta la huelga general en los hechos y en la abstracción del entendimiento.

La *huelga general utilitaria* ó reformista no es más que una generalización de la huelga parcial de los trabajadores exclusivamente societarios, quienes, arrinconados al último extremo de la lucha económica y no pudiendo ya materialmente vivir, piden disminución de horas de trabajo ó aumento de jornal. Esta clase de huelga suele terminar con una derrota ó un triunfo aparente, después del traqueteo de las comisiones, de declaraciones pacíficas de los obreros, de aprobación y aplauso burgués, de que algunos *esquirols* adquieran plaza permanente y de que los activos y conscientes queden desocupados y apuntados en las listas policíacas y en las del Pacto del Hambre. En resumen, tiempo perdido y bajas dolorosas.

La *huelga general solidaria* en pro de otros compañeros en lucha lleva en sí tal elevación de miras, que el solo hecho de intentarla dignifica á los que por ella se interesan. Suele recurrirse á ella cuando se ofrece la necesidad de defender á un compañero, como la recientemente ocurrida de los carreteros de Barcelona, ó como la más reciente aún de Reus, por defender el derecho de asociación, ó como las que alcanzaron notoria importancia en Gijón, Coruña, Sevilla y La Línea; pero sus soluciones y sus ventajas difieren poco de las de la anterior, quedando además algún procesado y castigado por lo de las coacciones.

Queda la *huelga general revolucionaria*; esa, no nos hacemos ilusiones, se planteará, será vencida; pero á la última, á la vencedora, á la que vendrá cuando seamos bastante conscientes para plantearla debidamente y por consiguiente fuertes para vencer á nuestros aterrizados y flojos enemigos, representará la toma de la última Bastilla, y con ella la elevación á la dignidad del goce completo de la vida humana para todos, hasta para aquel Pachu, el segador inventado por Lerroux, que llamaba burgueses á los obreros triunfantes de una huelga utilitaria.

Dejamos de ser utilitarios ó reformis-

tas al separarnos del partido republicano, donde vimos que sus hombres son revolucionarios sólo de nombre, y también porque sabemos lo ineficaces que son en todas las repúblicas del mundo las reformas que á tanta costa se obtienen.

Vinimos al campo libertario porque en él se hace verdadera labor revolucionaria combatiendo los fundamentos principales de esta sociedad: Religión, Patria, Estado. Y no contentos los libertarios con revolucionar cerebros, llevan su acción á la calle por medio de la huelga general, considerándola como el único medio de emancipación de los trabajadores.

Por esto decimos, respetando todas las iniciativas, limpios de todo dogmatismo, pero firmes en nuestra convicción: no se olvide que el objeto único de la huelga general es la Revolución.

Pedir reformas por medio de la huelga general es como hacer política menuda.

Ir á la huelga sin más propósito que la solidaridad, laudable en determinadas ocasiones, es puro sentimentalismo.

Ni por utilitarismo ni por sentimentalismo debe ponerse en movimiento la gran colectividad proletaria, la cual no ha de seguir la inspiración de Sancho Panza ni la de D. Quijote, sino las de la razón; es decir, no hemos de ser tontos egoístas, ni locos altruistas, sino justos.

Además no hay utilidad mayor ni solidaridad más elevada que las contenidas en el propósito de la transformación de la sociedad perfectamente concordado con la conveniencia total de la humanidad.

Para demostrarlo se fundó nuestra publicación, con ella nos proponemos ayudar á cuantos sin rodeos ni desviaciones van al único y verdadero fin revolucionario, y en él queremos que coincidan los trabajadores individual y colectivamente.

Dejemos las reformas para los políticos de oficio y para los incautos.

Queden los sentimentalismos, como atavismo cristiano, para los bien quisitos con el régimen vigente.

Los libertarios de veras estudian y preparan la huelga general revolucionaria y la sociedad ultrarevolucionaria.

LA REDACCIÓN

Contra los "Buenos"

Es en el individuo, ó sea en la célula primordial de la sociedad, donde hemos de buscar las causas de la transformación general, según el tiempo y el medio ambiente. Si de un lado vemos al hombre aislado, sometido á la influencia de la sociedad entera, con su religión y su política, de otro veremos al individuo libre que, por insignificante que sea, en el espacio y el curso de las edades, no obstante impone su condición personal sobre el mundo que le rodea y hasta lo modifica de un modo definitivo, por el descubrimiento de una ley, por la realización de una obra, por la aplicación de un procedimiento ó á veces por una hermosa expresión que la ciencia no olvidará jamás. Distinguir en la historia las huellas de millares y millares de héroes que, con su personalidad, han contribuido de un modo eficaz al trabajo colectivo de la civilización, nos resultaría tarea fácil.

La inmensa mayoría de los hombres se compone de sujetos que quieren vivir sin esfuerzo, como viven las plantas, y que no hacen nada para rehacerse en bien ó en mal contra el ambiente, en el que están sumergidos, como una gota de agua en el Océano. Sin que pretendamos engrandecer aquí el valor propio de los hombres conscientes de sus actos y resueltos á emplear su fuerza en defensa de un ideal, nadie podrá negar que este hombre representa todo un mundo, en comparación de otros mil que viven con el alma embotada y el pensamiento adormecido, sin la menor protesta interior, y que lo mismo se mueven en las filas de un ejército que en una procesión de peregrinos. En un momento dado, la voluntad de un hombre puede contener el desbordamiento y el pánico de todo un pueblo. En la historia de los acontecimientos, se registran las muertes heroicas de muchos hombres generosos; pero la misión de sus existencias consagradas al bien público, fueron más importantes que el sacrificio de sus vidas!

Tratemos ahora de distinguir cuidadosamente, ya que equivocarse es fácil, quienes son los «buenos», con objeto de no incurrir en el pecado de atribuir este don á la «aristocracia», tomada en el sentido usual. Muchos escritores y oradores, sobre todo, los pertenecientes á la clase en la que se reclutan los detentadores del poder, hablan con fruición de la necesidad de crear para la dirección de las sociedades un «grupo escogido», cuyas funciones se fan las mismas que las del cerebro en el organismo humano. ¿Pero qué «grupo escogido» ha de ser ese, inteligente y fuerte á la vez, en cuyas manos debe abandonarse el gobierno de los pueblos? Pues, sencillamente un grupo compuesto de todos los que reinan y mandan: reyes, príncipes, presidentes, ministros y diputados, ensorbercidos y orgullosos de sus propias personas contestando á toda objeción sencilla: «Nosotros somos los escogidos, representamos la substancia cerebral del cuerpo político». ¡Amarga irrisión la

pretendida y arrogante superioridad de la aristocracia oficial, creyéndose constituir realmente la aristocracia de la inteligencia, de la iniciativa y de la evolución intelectual y moral! Lo contrario es precisamente lo cierto, ó al menos lo que más cantidad de verdad encierra; en muchísimas ocasiones la aristocracia tuvo bien merecido el nombre *kakistocracia* con que Leopoldo de Ranke la trata en su historia. ¡Qué puede decirse, por ejemplo, de la nata y flor de la aristocracia francesa, que para salvarse del incendio del Bazar de la Caridad, se abría paso á bastonazos y patadas sobre la cara y el vientre de las mujeres!

Es cierto que los que disponen de medios de fortuna tienen más facilidades que los demás para estudiar é instruirse, pero es cierto también que tienen muchos más medios para pervertirse y corromperse. Un sujeto adúlado, como lo ha de ser siempre un jefe, tanto si es emperador, como si es encargado de taller, está expuesto á ser siempre engañado, y por consecuencia condenado á no saber nunca apreciar las cosas en sus proporciones verdaderas. Está expuesto, además, por las facilidades que halla para vivir, á no aprender á luchar con el infortunio y á abandonarse egoístamente esperándolo todo de los otros; su situación le empuja hacia la crápula elegante y grosera, y son tantos los vicios que no hay fuerza moral que contenga á un afortunado en su descenso hacia el inmenso piélago de fango que ellos forman. Y cuanto más se degrada, más grande se cree ante sus propios ojos por las adulaciones interesadas: una vez descendido hasta el bruto, puede creerse *Dios*, y agitándose en el cieno, puede creerse en plena apoteosis. ¡Y quiénes son los que pretenden conquistar el poder para reemplazar á esos privilegiados de la fortuna y dan origen á un nuevo grupo elegido, supuesto inteligente? Un adversario del socialismo, un defensor de eso que se llama «buenos principios», M. Leroy Beaulieu, nos ha hablado de esta nueva aristocracia en términos que, viniendo de un revolucionario, parecerían demasiado violentos y realmente injustos: «Los políticos contemporáneos de todas tallas y categorías—dice—desde el concejal de Ayuntamiento hasta el ministro representan, en conjunto, salvo muy raras excepciones, una de las clases más viles, más ignorantes y bribonas que jamás ha conocido la humanidad. Su única finalidad es fomentar las bajezas y desarrollar todos los prejuicios populares, de los que están poseídos vagamente la mayor parte, porque ninguno ha consagrado un instante de su vida á la observación, la reflexión y el estudio».

La prueba de que las dos aristocracias, la que representa el poder y la otra realmente compuesta de los «buenos», no han podido confundirse nunca, nos lo demuestra la historia con páginas sangrientas. Considerados en conjunto los anales humanos, pueden definirse como el relato de una lucha eterna entre los que, habiendo sido creados en el rango de los que mandan, gozan de la fuerza adquirida por las generaciones y los que nacen llenos de entusiasmo y admiración por las fuerzas creadoras. Los dos grupos de los «buenos» están en guerra y la profesión histórica de los primeros es siempre la de perseguir, la de esclavizar, la de matar á los demás. Los «mejores», oficialmente los dioses mismos, fueron los que enclavaron á Proteo en una roca del Cáucaso y desde esta época mitológica, fueron siempre los «mejores» los emperadores, papas y magistrados los que encarcelaron, torturaron y quemaron á los innovadores que maldijeron sus obras. El verdugo estuvo siempre al servicio de esos «buenos» por excelencia.

En todas las épocas hallaron sabios prontos á defender su causa. Fuera de la multitud anónima que no piensa en nada y que acepta como buena la civilización rutinaria, existen hombres de instrucción y talento que se convierten en voluntarios panegiristas de lo existente ó en defensores del salto hacia atrás y cuyas concepciones no alcanzan más que á mantener la sociedad en su estado actual é invariable, como si fuera posible contener la fuerza de proyección de un globo lanzado en

el espacio. Esos misonieistas que odian todo lo nuevo, no ven más que locos en los innovadores, en los hombres que piensan y tienen ideales y llevan su amor á lo existente hasta señalar como criminales políticos á todos los que critican las cosas existentes, á todos los audaces que se lanzan hacia lo desconocido.

Incongruentes én todo, declaran que cuando una idea ha penetrado en el corazón de la multitud, no hay otro remedio que admitirla para evitar que se imponga por la revolución. Pero mientras llega esta revolución fatal, piden que los revolucionarios sean tratados como criminales, que se castiguen hoy actos que serán mañana alabadas manifestaciones de la más hermosa moral. Esta clase, con toda su pretendida superioridad, hubiera hecho beber á Sócrates la cicuta, hubiera llevado á Juan Huss á la hoguera y decapitado á Babeuf, aún en nuestros días, porque este innovador sería un gran revolucionario actualmente al lado de los «buenos», los «elegidos» y de los sabios apologistas de unos y otros.

A nosotros nos arrojan á todos los furores de la vindicta social, no porque no tengamos razón, sino porque la tenemos demasiado pronto.

Bien hemos tenido ocasión de saber que nuestro siglo es el de los ingenieros y los soldados, y que por lo tanto todo debe trazarse en línea recta. «Alineación!» tales la sabia y enérgica expresión de esos pobres espíritus, que sólo ven la belleza en la simetría y la vida en la rigidez de la muerte.

ELISEO RECLUS

A la Juventud Proletaria

Juventud proletaria, fruto vital, generadora de vida, conservadora y propagadora de la especie, detén por un momento el impulso mecánico y rutinario que inconscientemente sigues, y considera la misión contradictoria que por la naturaleza y por la sociedad te está encomendada, la función que ejerces, el medio en que vives, el déficit en que tus necesidades físicas y morales se encuentran y el porvenir que te espera.

Seguir irreflexivamente, como si fueras insensible é inconsciente, es sólo bueno para esos trabajadores de hierro que con sus motores, impulsores, transmisores y órganos de funciones múltiples y complicadas, toman el combustible que impulsa y conserva su actividad y la primera materia, elaborándola de mil maneras y transformándola rápidamente en productos útiles y bellos para el comercio y para el consumo.

No, joven trabajador, tú no puedes seguir en esa insensibilidad é inconsciencia: tu organismo, si es apto para el trabajo por tu fuerza física, necesita el reparador descanso; si tu deber, como miembro social, te obliga á contribuir á la producción, tu dignidad, que es justicia íntima y personal, concordada con la absoluta que rige el mundo, te prohíbe trabajar con exceso para relevar al privilegiado holgazán que forma en el grupo de los legales del derecho escrito, de esos que viven fuera del derecho humano, el cual se halla vigente siempre contra todos los códigos jurídicos y contra todas las constituciones políticas.

Tu equilibrio fisiológico, del que depende tu salud y el que ha de librarte de la horrible mortalidad que pesa sobre la clase social á que perteneces, necesita poner en movimiento proporcional y regular todas tus facultades; no desplegar unas con exceso y dejar otras inmóviles y perdidas en atrofía esterilidad; no desarrollar exclusivamente fuerza muscular para el servilismo y la explotación y fuerza genésica para que no falten aprendices y reclutas, mientras que por falta de instrucción quedas analfabeta, ó poco menos, sin dar á tu inteligencia más alcance que el que se atribuye al instinto de los animales.

Y lo que individualmente no puedes consentir, porque consentirlo supone tu culpabilidad en un crimen que se comete contra un individuo solo, que eres tú mismo, considera cuánto se agravará por el hecho de la com-